





# LA GRAN SOCIEDAD



## LA GRAN SOCIEDAD

Jesse Norman

Presentación, Traducción y notas: Pablo Ortúzar Madrid

- © Instituto de Estudios de la Sociedad, 2014
- © Fundación Cientochoenta
- © Jesse Norman

ISBN Tapa rústica: 978-956-8639-22-8

Primera edición: Mayo 2014

Instituto de Estudios de la Sociedad

Dirección de Publicaciones

Teléfonos (56-2) 2321 7792 / 99

Nuestra Señora de los Angeles 175

Las Condes, Santiago

Chile

[www.ieschile.cl](http://www.ieschile.cl)

Diseño y diagramación: Isidora Castillo U.

Impresión: Andros Impresores

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida o transmitida, mediante cualquier sistema –electrónico, mecánico, fotocopiado, grabación o de recuperación o de almacenamiento de información– sin la expresa autorización del Instituto de Estudios de la Sociedad.

# LA GRAN SOCIEDAD

ANATOMÍA DE LA NUEVA POLÍTICA

JESSE NORMAN

Presentación, traducción y notas: Pablo Ortúzar Madrid



EN MEMORIA DE TOM BINGHAM.





# ÍNDICE

PRESENTACIÓN	(Pablo Ortúzar M.)	11
INTRODUCCIÓN		19
1.	La economía británica: ¿Espejismo o milagro?	31
2.	Nuestro estado real	47
3.	Una fractura en la sociedad	63
4.	Economía del <i>rigor mortis</i>	85
5.	Izquierda y Derecha	107
6.	Los pilares de la sociedad	125
7.	El peligro de la felicidad	151
8.	Ley, libertad y libertades individuales	177
9.	Instituciones, competencia y emprendimiento	197
10.	El nuevo conservadurismo	219
11.	La Gran Sociedad	237
12.	¿Y ahora qué?	253
EPÍLOGO:	Unas cuantas ideas radicales	273
AGRADECIMIENTOS		283
BIBLIOGRAFÍA Y NOTAS		285



## PRESENTACIÓN

Por Pablo Ortúzar Madrid  
Director de Investigación IES

La publicación de *La gran sociedad* busca ser un desafío intelectual a nuestro medio político. Para ello, el libro tendrá que pasar tres pruebas: primero, ser leído en un país donde, en palabras de Andrés Bello, “nadie lee”. Segundo, ser aceptado como un texto cuyas ideas no se restringen al medio británico, a pesar de haber sido escrito por un inglés para interpelar a sus compatriotas. Y, tercero, ser comprendido como un libro escrito por un político serio para hacer política en serio y no, para bien o para mal, como una especulación académica sobre la política.

Esta breve presentación busca entregar una clave de lectura que facilite el éxito del libro en las últimas dos pruebas mencionadas, ya que superar la primera depende sólo de quien ahora recorre estas líneas.

### *UNAS IDEAS PARA LA PRÁCTICA*

¿Sirve para pensar sobre Chile un libro escrito por un político inglés para los ingleses? Hay dos respuestas equivocadas a esta pregunta. Una es “sí, porque que somos los ingleses de América Latina”. La otra es “no, un inglés no tiene idea de los problemas, la cultura y los desafíos de Chile”. Ambas respuestas están equivocadas, pues suponen que la utilidad del libro para pensar Chile depende de que sus propuestas sean directamente aplicables a nuestro país. Quienes piensan lo primero exageran las posibles similitudes que hay entre ambas sociedades y quienes piensan lo segundo exageran las posibles diferencias.

Lo cierto es que Chile e Inglaterra, aparte de cierto carácter insular, no comparten mucho ni cultural ni institucionalmente. Al menos no más que con la mayoría de las naciones occidentales modernas. Pero también es cierto

que los problemas que los países enfrentan se parecen muchas veces entre sí y, por tanto, las alternativas para solucionarlos y los razonamientos técnicos, políticos y de justicia para decidir entre esas alternativas también tienden a ser semejantes. Así, el ejercicio que hace provechosa la lectura de *La gran sociedad* es el de reflexionar respecto a cómo ciertas perspectivas defendidas en este texto cambiarían nuestra visión política si miramos Chile a través de ellas. Y una visión fresca y estimulante siempre es agradecida cuando el debate público parece estancado y falto de ideas.

¿Qué tiene de novedosa la perspectiva de Norman? Primero, que frente al cómodo y monótono debate entre “más estado” y “más mercado” que, como resabio patético de la Guerra Fría, monopoliza muchas veces las discusiones públicas, *La gran sociedad* levanta la olvidada bandera de la Sociedad Civil. Y no sólo reivindica la libre asociación de las personas en pos de objetivos comunes, sino que nos muestra que hay ciertos bienes públicos que sólo emergen o pueden ser provistos adecuadamente de esta forma. Pensemos, por ejemplo, en Bomberos de Chile o en la Teletón.

Norman es especialmente persuasivo a la hora de mostrar cómo el intento de reducir la sociedad al estado o al mercado conduce a la destrucción de los fundamentos principales de la motivación y la buena convivencia entre las personas. Y hace visible, en cada paso, el rol ineludible que juega la confianza en el progreso humano y lo amenazada que está por perspectivas equivocadas de lo que es la vida en común.

Junto a lo anterior, Norman reivindica la política como el arte de gobernar, y por ello separa aguas con perspectivas tecnocráticas que pretenden suprimirla o comprenderla como una simple ocupación de charlatanes que disfrazan intereses particulares como intereses colectivos. La promesa del espacio político como terreno horizontal de reconocimiento y diálogo reflexivo encuentra en estas páginas un terreno fértil.

Lo que hace posible este giro intelectual es una antropología distinta: Norman se niega a entender al humano como un ser marcado por una naturaleza corrupta que lo condena al egoísmo y a una mirada estrecha de corto plazo. Nuestro autor choca de frente con quienes proclaman que los bienes

públicos emergen exclusivamente gracias a que el mercado o el estado convierten vicios privados en ventajas para todos. En vez de ello, defiende una visión rica del ser humano y de su capacidad de empatizar con otros, actuar por motivación intrínseca y construir relaciones en el plano de la gratuidad. No dice que seamos ángeles, pero niega, con buenas razones, el pesimismo antropológico que justifica muchas veces los abusos, la falta de compromiso y la mediocridad en nuestras instituciones y relaciones sociales.

Otro rasgo importante del libro es su ausencia de dogmatismo ideológico, derivado de su antropología más comprensiva. En él se encuentran tradiciones de pensamiento muy variadas y se conjugan distintas perspectivas en un rango que cubre desde las tradiciones libertarias cooperativistas hasta el pensamiento conservador inglés, pasando por el liberalismo hayekiano y el comunitarismo. Así, la idea de *La gran sociedad* emerge como una invitación a conversar entre comensales muy distintos, pero unidos por la convicción de que el ser humano es capaz de grandes cosas y de que nuestra experiencia social no se agota en el estado o el mercado.

En Chile, esta invitación pondría en la misma mesa a socialcristianos, libertarios, anarquistas, cooperativistas, conservadores, gremialistas y “nacionales”. Esto significa que muchas de las tradiciones desplazadas por el estatismo y el economicismo en la izquierda y en la derecha del espectro político encontrarán en estas páginas una propuesta de lenguaje común para pensar el país, lo cual es especialmente valioso en momentos en que la gramática política que facilitó nuestra convivencia pacífica durante los últimos 20 años pareciera comenzar a desmoronarse.

Finalmente, *La gran sociedad* introduce, con toda la importancia que merecen, nociones básicas de los actuales desarrollos en el ámbito de la teoría de las capacidades y de la justicia intergeneracional. Ellos nos obligan a mirar de frente realidades que todos los políticos prefieren evitar o simplemente procesar en discursos demagógicos que no resuelven los problemas: entre otros, la mala educación de nuestros hijos, el déficit generalizado de habilitación cognitiva, la decadencia de la institución familiar y los valores asociados a ella, el abandono de los adultos mayores, la quiebra y el abuso de los siste-

mas previsionales de reparto, la existencia de desigualdades injustas, la falta de oportunidades, los horrores de la contaminación ambiental, los abusos del anonimato en las grandes empresas y el agotamiento del estado como solucionador de problemas. Todo esto es discutido sin anestesia ni eufemismos.

De esta manera, lo que Norman termina haciendo es redibujar de manera inteligente la noción misma de lo que significa ser “conservador”, entendiéndolo como un espíritu de apertura al reconocimiento del otro y al diálogo reflexivo, de consideración realista de la complejidad humana y de apoyo a los cambios sociales medidos a partir de la experiencia acumulada.

Tal perspectiva no tiene nacionalidad. Es una forma de mirar, un espíritu. Y, por lo mismo, el ideal de *La gran sociedad* tampoco se restringe a las lejanas islas de la Gran Bretaña: en él podemos encontrar, haciendo el esfuerzo de traducción adecuado, un punto de vista que nos permite mirar Chile desde afuera de nuestras rutinas políticas e intelectuales cotidianas, rescatando preguntas olvidadas y reanimando una democracia que parece aburrida de sí misma y cada vez más carente de principios e ideas.

### ***UNA PRÁCTICA PARA LAS IDEAS***

El desprecio por las ideas en el mundo moderno es algo bastante extendido, especialmente entre políticos y empresarios. Muchos consideran que quienes dedican su vida a pensar en realidad son holgazanes improductivos o timoratos incapaces de asumir verdaderos compromisos. Nuestra época está marcada por una compulsión a la acción en desmedro de la contemplación. Sin embargo, son las ideas las que dan forma y sentido a nuestra experiencia del mundo y, por esa vía, conducen la praxis humana, a veces hacia la prosperidad y a veces hacia el precipicio.

Que las ideas no sean destructivas normalmente está relacionado con que establezcan un diálogo fructífero con la realidad, generando prácticas que se adecúen y tengan sentido en ella en lugar de ideologías que exijan al hombre y al mundo ser lo que no son ni pueden ser. Esto, obviamente, es muy fácil de decir, pero difícil de concretar. Hacerlo depende de la virtud política por ex-

celencia: la prudencia, que no significa timidez o cobardía, sino la capacidad de obrar discerniendo con justicia lo que es lo correcto en cada situación y los medios que le son adecuados.

La propuesta de *La gran sociedad* está construida en un constante ir y venir desde los hechos a la teoría y desde la teoría a los hechos. Como todo buen político, Norman piensa articulando el plano de las ideas con políticas públicas concretas y con problemas reales. El resultado de ello es la mejor versión de lo que podríamos llamar una reflexión política: un conjunto de ideas empapadas de realidad, pero encausadas por valores, que sirven para hacer cosas en el mundo.

Los costos de la reflexión política son perder en sistematicidad y profundidad lo que se gana en realismo, claridad y capacidad de ejecución. Por eso libros como este no son libros de filosofía ni deben tratar de ser leídos como si lo fueran. Pero tampoco son panfletos: lo que se presenta no es un conjunto de consignas, sino una invitación a pensar ciertos problemas políticos desde una óptica particular que permite proponer soluciones distintas a las que hasta ahora han estado disponibles.

Por todo lo dicho, este libro debería ser de gran utilidad para renovar nuestro debate público: aquí hay una fuente de ideas para políticos, periodistas, líderes sociales, empresarios, estudiantes y ciudadanos interesados en utilizar la gran energía social acumulada estos últimos años, con vistas a darle a Chile un nuevo impulso hacia el desarrollo de formas de vida más plenas, dignas y prósperas. Y es con esa esperanza que hemos hecho el esfuerzo necesario para ponerlo en las librerías y bibliotecas del país. El resto, como dijimos al inicio, depende exclusivamente de quien, desafiando el pesimismo de Andrés Bello, lo lea.

Para facilitar la lectura del libro se introdujeron notas al pie que permitieran entender algunos conceptos complejos o aquellas referencias a personas o asuntos particularmente ingleses. Además, la palabra “estado”, referida al aparato burocrático-coercitivo, está escrita con minúscula a lo largo de todo el libro. La razón de esto es que se consideró que el contexto bastaba para distinguir si se estaba hablando de tal aparato o de la “situación” de algo, y que

escribirla (y quizás leerla) con minúscula genera una sensación placentera para quienes creen que una realidad tan humana -que debe estar al servicio del hombre- no merece el aura de sacralidad que entregan las mayúsculas.

Finalmente, es necesario agradecer a Jesse Norman, quien cedió amablemente los derechos para esta edición, y a los equipos de las dos instituciones que hicieron posible este libro: el Instituto de Estudios de la Sociedad y la Fundación 180, además de a Felipe Kast, quien nos puso en contacto con el autor.







## INTRODUCCIÓN

*Puede que los intelectuales no comanden muchos regimientos, pero ellos trazan los mapas a partir de los cuales los regimientos marchan.*

David Marquand

El líder conservador David Cameron<sup>1</sup> llamó por primera vez a construir una “gran sociedad” en la cátedra Hugo Young de Noviembre del 2009:

*El tamaño, foco y rol del gobierno en Gran Bretaña ha llegado al punto de entorpecer, en vez de hacer avanzar, los propósitos de reducir la pobreza, combatir la desigualdad e incrementar el bienestar general. Constituye una paradoja preocupante el hecho de que, por sus efectos en la responsabilidad personal y social, el crecimiento reciente del estado haya promovido, en vez de la solidaridad, el egoísmo.*

Pero un gobierno más pequeño no era una cura inmediata a la atomización social:

*En cambio, necesitamos una razonada re-imaginación del rol, así como del tamaño, del estado... ayudando activamente a crear la Gran Sociedad, agitando, catalizando y concretando la renovación social.*

*Nuestra alternativa al gran gobierno no es la ausencia de gobierno, una especie de refrito sobreideologizado del laissez faire. Tampoco es simple-*

---

<sup>1</sup> David Cameron (1966). Miembro del Parlamento Británico desde 2001, Líder del Partido Conservador desde el 2005 y Primer Ministro del Reino Unido desde 2010 [Todas las notas son del traductor].

*mente un gobierno más inteligente. Nuestra alternativa al gran gobierno es la Gran Sociedad.*

*Los emprendedores sociales y los líderes comunitarios ya existen. Pero la Gran Sociedad también necesita el compromiso de aquel significativo porcentaje de la población que no tiene ni el recuerdo ni el deseo de involucrarse.*

*Si mantenemos nuestro camino y cambiamos este país, tendremos entonces una vida nacional engrandecida con sentido y responsabilidad mutua. La sentiremos en la fortaleza de nuestras relaciones y en la civilidad y cortesía con que nos trataremos mutuamente.*

La mayoría de los eslóganes políticos tienen un ciclo de vida de días o, incluso, de horas. Sin embargo, ya comienza a ser claro que la idea de la Gran Sociedad está echando raíces en el debate público.

Pero, ¿qué es exactamente la Gran Sociedad? ¿Qué significa? ¿Es un “retorno a una idea decimonónica o norteamericana del estado de bienestar” (Miliband), un “condescendiente sinsentido” (Julia Goldsworthy) y “una gran mentira” o es algo que deberíamos estar celebrando? ¿Es un eslogan diseñado para recortar el gasto fiscal o es algo más profundo que eso? ¿Es desesperadamente ingenuo en sus expectativas sociales o es una respuesta realista a los actuales problemas políticos y económicos?

Estas preguntas vienen dando vueltas desde que el concepto de Gran Sociedad logró notoriedad durante las elecciones generales conservadoras del 2010. Ellas han persistido al tiempo que el nuevo gobierno ponía a la Gran Sociedad en el corazón de su programa. Muchos han exigido mayor detalle y definiciones más claras. Los más satíricos han dicho que la Gran Sociedad es un sueño, caricaturizando a los conservadores como unos *boy scouts* bienintencionados decididos a rescatar a la sociedad de sus supuestas fallas morales mientras ocultan las propias. Los laboristas no se han demorado en rechazar la idea acusándola de ser una táctica para reducir el estado al máximo y destruir la estructura social.

Mientras tanto, distintos comentaristas han estado ocupados dando la bienvenida o desechando a la Gran Sociedad —o a veces ambas cosas— de acuerdo a sus respectivas etiquetas o prejuicios. Un caso notable es el del respetado columnista de *The Guardian*, Jonathan Freedland, quien usó su columna de julio de 2010 para denunciar —sin una narrativa clara— a la coalición gobernante<sup>2</sup> como un dios Jano de dos caras, en vez de considerar siquiera la posibilidad de que se estuviera actuando de buena fe desde un punto de vista políticamente humano, pero que él no podía entender.

Una semana después, el autor volvía a aparecer escribiendo sobre el mismo tema. Esta vez concedía que “hay una buena idea a punto de surgir en la “gran sociedad” de Cameron”, a la cual el Partido Laborista no podría oponerse fácilmente. En vez de eso —sugería— los laboristas deberían desestimar su propia tradición política y apropiarse de esa idea. Esa fue una trayectoria de siete días, desde la denuncia hasta la alabanza, cuyo único contenido intelectual fue que la idea de “Gran Sociedad” era mala y, si no lo era, entonces tenía que ser laborista. Si ese es el efecto que tuvo sobre alguien tan capaz como Jonathan Freedland, se tendería a pensar que la idea de la Gran Sociedad merece una clarificación urgente.

Parte del problema es que hemos vivido por mucho tiempo alimentándonos de prescripciones dictadas desde arriba hacia abajo y de las lógicas de un gobierno centralizado, lo que ha terminado por hacer creer equivocadamente que si no hay una agenda clara, centralmente definida, ejecutada y promovida con un eslogan vendedor, entonces no hay política pública alguna. Como resultado, los políticos y comentaristas que se han sentido amenazados al escuchar la idea de la Gran Sociedad, han apuntado a sus adversarios rutinarios.

Sin embargo, al hacer esto, ellos se han equivocado con respecto a lo que realmente está ocurriendo. La coalición gobernante no ha movido a los tories<sup>3</sup> hacia la izquierda ni a los Liberales Demócratas<sup>4</sup> hacia la derecha, sino que ha

---

2 El gobierno de Cameron, una alianza entre liberales demócratas y conservadores, es el primer gobierno de coalición en Inglaterra desde finales de la Segunda Guerra.

3 “Tory” es la palabra con la cual se denomina a los miembros del Partido Conservador y Unionista británico, fundado en 1834 y heredero de los “tories” originales, que se remontan a siglos atrás.

4 Tercera fuerza política en Gran Bretaña. Surge en 1988 de la fusión del antiguo Partido Liberal

sido creada por los votantes y sellada con un referéndum sobre el voto alternativo. Pero será sostenida por la Gran Sociedad: por una visión renovada de la sociedad y de la economía. Ambos partidos han explorado una idea que no puede ser entendida usando las etiquetas convencionales de izquierda y derecha. Una idea que se abre hacia áreas nunca antes imaginadas de la política y del debate y que apunta, quizás, a la mayor redefinición de la relación entre individuo y estado de los tiempos modernos.

Es esta idea compartida la que, además, mantendrá unido al actual gobierno. Es el nuevo campo de juego de la política británica.

## LA GRAN SOCIEDAD

Muy pocas –si acaso alguna– de las críticas recibidas son justas. Como este libro mostrará, la Gran Sociedad no es vaga o vacía, ni como idea ni como programa político. No busca destruir nuestros servicios públicos, sino que mejorarlos. Ideológicamente, no es contraria al estado, pero sí muy cautelosa –sobre la base de una enorme evidencia– con respecto a la real capacidad del estado de cumplir fines sociales y apoyar a la sociedad.

La Gran Sociedad no es, entonces, una idea de izquierda o de derecha propiamente tal, pero sí va contra el estatismo fabiano<sup>5</sup> del moderno Partido Laborista<sup>6</sup>. A comienzos del siglo XX, la izquierda británica era una mezcla de diferentes tradiciones intelectuales y sociales. No tenía por qué surgir de esta pluralidad de tradiciones un partido político que por cincuenta años ha promovido la provisión centralizada de servicios públicos antes que cualquier

---

con el Partido Social Demócrata. Conocidos popularmente como “Libdems”.

- 5 La “sociedad fabiana” era una organización socialista inglesa que promovía las transformaciones graduales hacia el socialismo en vez de la revolución. Toma el nombre del general romano Quinto Fabio Máximo, quien retrasó el enfrentamiento directo con Aníbal, optando por debilitarlo de a poco. Sus fundadores, en 1884, fueron Sidney Webb y su señora, Beatrice Webb.
- 6 El Partido Laborista británico es un partido de centroizquierda fundado en 1900. Segunda fuerza política en Gran Bretaña. Deriva del Comité de Representación de los Trabajadores, una organización sindical.

otra cosa. Esto que pasó es exclusivamente el efecto del control fabiano del Partido Laborista, como se verá más adelante.

Así, la razón por la cual la Gran Sociedad es rechazada visceralmente por los políticos laboristas y sus apologistas es clara. Primero, porque responde directamente a la enorme preocupación pública por la situación de la sociedad y economía británicas. Segundo, porque el mismo Partido Laborista está imposibilitado debido a su fabianismo de abastecerse de las fuentes intelectuales y tradiciones que le permitirían formular su propia respuesta. En las palabras de Simon Jenkins, los laboristas están atrapados en el “Planeta 1945”. Así, la apropiación de esta idea por ellos no es una opción. O al menos eso es lo que parece.

Este libro une en una sola narrativa el trabajo hecho por el autor durante los últimos cinco años, especialmente en “Conservadurismo empático” (2006 con Janan Ganesh), “Economía empática” (2008) y “El legado de Churchill” (2009 con Peter Osborne). Deriva de una reflexión de casi tres décadas sobre estos asuntos. El argumento central ha sido puesto al día, profundizado y desarrollado en nuevas áreas, pero no ha sido modificado. De hecho, buena parte de los datos recabados durante los últimos años confirman el análisis general. Muchos de los libros que han hecho eco de este argumento se encuentran en las notas finales.

Inevitablemente, este libro analiza el estado presente de la política británica y ofrece críticas ácidas respecto a algunos aspectos de ella. Sin embargo, es un libro desarrollado sobre ideas evidencias y, solo secundariamente, sobre política, políticos o ideología. Está dirigido a aquellos que se interesan por las ideas políticas más que por las etiquetas políticas –sean de izquierda o derecha– y cuya sensación es que hay algo mal en nuestras vidas actuales, por lo que hay que hacer algo al respecto. Lo único que el libro pide al lector es algo de tiempo y de buena fe en su lectura. Lo que ofrece a cambio es una nueva manera de pensar acerca de viejos problemas políticos.

¿Cuál es esta perspectiva? Principalmente, tiene dos puntos de partida interconectados, que se centran en el estado y en el individuo. Comenzaremos por el estado. ¿Está funcionando? ¿Se encuentra correctamente adaptado a los problemas sociales y económicos del siglo XXI? ¿Puede ayudarnos como

nación cuando nos enfermamos, cuando no tenemos empleo o cuando nos retiramos? ¿Puede educarnos y proteger nuestra propiedad? Y si pudiera hacer eso hoy, ¿podrá seguir haciéndolo en el futuro?

La evidencia creciente nos muestra que el estado, en su condición actual, es manifiestamente incompetente en áreas que van desde las pensiones hasta la educación y desde la vivienda hasta el desempleo. Hemos tocado fondo con la idea del estado como el remedio a todos los problemas sociales y económicos. Lo que es increíble es lo pobre que se ha vuelto el debate político sobre estos asuntos y lo dependientes que somos respecto a un único e inflexible modelo de provisión pública de servicios para solucionar nuestros problemas sociales. Pero si esto es así, entonces la necesidad de pensar un enfoque alternativo no es una opción para nosotros: es una necesidad y una urgencia. Es una necesidad justamente por lo importantes que son nuestros servicios públicos y por lo imperioso que es mejorarlos y desarrollarlos.

Lo que necesitamos, entonces, es una nueva visión de la sociedad: una base intelectual humana y fundada en principios para nuestra renovación social. Esto no es simplemente asunto de nuevas políticas públicas o de nuevas personas. Muy por el contrario, requiere de la creación de un nuevo punto de vista político en el que haya un espacio para repensar tanto las categorías básicas del debate político y la naturaleza de la sociedad desde sus principios, como la capacidad de abordar todo el espectro de problemas y asuntos públicos nuevamente, de una forma fresca e intelectualmente poderosa. Este libro, principalmente, propone lo que en 2006 llamé una “sociedad conectada”. Enfatiza no la oposición de estado e individuo, sino la tríada virtuosa de estado habilitador, individuo activo e instituciones coordinadoras.

Un resultado de este cambio de perspectiva será generar una imagen crítica de nuestras actuales ideas políticas, al tiempo que recordará a la derecha política que debe evitar las metáforas geográficas, porque lo que está en juego no es algo estático y cuantitativo en el territorio supuestamente ganado o perdido que hace retroceder al estado, sino que es algo dinámico y cualitativo, en la mejoría de nuestro bienestar económico y social. Sin embargo, su mayor golpe cae sobre la izquierda política, cuya identificación de los intereses del



estado con los de la sociedad ha probado ser un error intelectual catastrófico. De hecho, no es difícil afirmar que mientras el laborismo persista en este error fabiano, su actual carencia de ideas y de dirección no será un simple accidente, sino que será la inescapable consecuencia de sus prejuicios. El gran error que Ed Miliband<sup>7</sup> podría cometer sería pasar por alto este desafío intelectual y asumir que la política actual es más de lo mismo de siempre.

Los políticos generalmente se ponen muy nerviosos al hablar de ideas. En las palabras del gran Ernie Bevin, ellos temen “abrir esa caja de Pandora y que salten de ahí quién sabe qué caballos de Troya”. Pero despreciar las ideas es estar gobernado al mismo tiempo por una idea. Las ideas siempre están al mando. En particular, tenemos teorías bien desarrolladas sobre la acción política, la diplomacia, la teoría de juegos y la economía; tenemos teorías bien desarrolladas sobre la acción individual en ética y en psicología. Pero no tenemos teorías bien desarrolladas con las cuales se pueda entender y explicar el comportamiento de las instituciones.

Sabemos lo suficiente, sin embargo, como para hacer la siguiente conjetura con cierta confianza: incluso una lenta evolución de este país hacia una sociedad más conectada requerirá liberar grandes cantidades de capital y de energía social. Esta energía yace atrapada bajo la superficie de la actual sociedad británica, retenida por la indiferencia, la división de clases, la regulación, la pobreza, la mala teoría y la ausencia de imaginación política. Es tiempo de empoderarla y de liberarla.

### **LA ECONOMÍA DEL RIGOR MORTIS**

Vista así, la Gran Sociedad aquí expuesta no es un mero eslogan político. Es, hasta ahora, un intento muy instintivo por liberar la energía social que está latente. Su correlato intelectual debe ser un gran esfuerzo por pensar acerca de las ideas de una sociedad libre y de unas instituciones libres; un intento por proveer de anatomía a la nueva política.

---

7 Ed Miliband (1969). Líder del Partido Laborista, ex ministro de estado inglés y miembro del parlamento.

Para hacer eso, no solo se necesita una mejor perspectiva de la sociedad, sino también de una mejor comprensión del individuo y de lo que es el ser humano, ya que nuestra visión se ha distorsionado debido a una idea impuesta por los manuales de economía que ha pervertido las políticas públicas y ha despreciado nuestra identidad cultural.

En particular, es necesario decir bastante más acerca de nuestros supuestos básicos y de la economía misma. El gobierno británico y el público general se han vuelto bastante más expertos en materia económica desde los años setenta. Pero, a la vez, han crecido con una caricatura setentera de lo que es la economía, que considera al hombre económico como un ser perfectamente racional y auto-interesado. El famoso dictamen de Keynes acerca de que “el hombre práctico es usualmente el esclavo de algún economista difunto” se aplica perfectamente en este caso, solo que más que un economista, es toda una interpretación de la economía la que nos ha esclavizado.

Esta economía del *rigor mortis* ha tenido dos efectos desastrosos. El primero, es político: ha reforzado durante treinta años la idea de una mayor centralización y micro-management dentro del gobierno. Bajo el laborismo, buena parte de la administración —especialmente su tesorería— han caído en una estrecha y tecnocrática visión de la sociedad. El resultado ha sido una extensión de los impuestos y de los beneficios que incluyen a un 70% de la población adulta del país, una obsesión por instaurar y monitorear objetivos de desempeño y una infinita cantidad de programas en respuesta a nuevas iniciativas o demandas. En el sector público entero esto ha ayudado a crear una cultura de poca innovación y productividad.

Típicamente, un grupo será señalado como “necesitado de intervención estatal”. Ese grupo será especificado matemáticamente y modelado financieramente en términos de sus ingresos o reservas. Finalmente, los incentivos económicos que se requieran serán conseguidos por la tesorería a través del sistema de impuestos y/o beneficios o a través de las decisiones de gasto público.

Este deprimente evangelio económico piensa en el mundo como algo estático y susceptible de ingeniería social y no como un espacio de creación, descubrimiento y competencia, lo está haciendo un enorme daño a nuestra

sociedad y a nuestra economía. Intellectualmente –como podemos imaginar– esto no puede estar bien, pero aun así tiene sus defensores. Estos se justifican a sí mismos apuntando a sus modelos matemáticos y preguntando, lógicamente, por errores en el razonamiento. Hasta que los críticos puedan explicar qué ha salido mal y logren enunciar las razones y la forma en que la economía debe reinsertarse en un debate social y cultural más amplio, carecerán de los recursos teóricos para implementar una visión política alternativa.

Pero la pregunta es también por nosotros. Acerca de nuestra cultura e identidad, el otro lado de la Gran Sociedad. Si la comprensión económica es radicalmente incompleta aplicada al gobierno, con mayor razón lo será en relación a la sociedad como un todo. Hemos crecido escuchando a diario –y siendo condicionados para pensar así– que los seres humanos son similares a los “agentes” de un manual de economía: totalmente egoístas, eternos calculadores de costos y beneficios e hipersensibles a ganancias y costos marginales. Gran parte de los logros de los economistas desde Adam Smith tienen que ver con explicarnos por qué eso está bien y cómo el interés propio puede convertirse en bienestar social.

No obstante, surge un problema cuando esta imagen económica se convierte en nuestra imagen estándar de la motivación humana, pues secretamente sabemos que esta imagen está equivocada. Sabemos que afecta nuestra vida pública, que destruye la confianza y que degrada nuestras expectativas cívicas. Sabemos que hay aspectos rutinarios de nuestra vida –como el voluntariado o la filantropía– que no pueden ser propiamente explicados desde ahí. Sabemos que hay virtudes como la lealtad y el pensamiento de largo plazo que parecen ir en contra de ella.

El resultado es que sufrimos la atomización de la sociedad, la comercialización de la cultura y la destrucción de nuestras expectativas respecto a los demás. Derrochamos recetas para la felicidad. Buscamos infinitamente esas cosas que el dinero no puede comprar, como el amor, la amistad y la alegría. Sin embargo, sin una perspectiva alternativa de lo que es el ser humano, no podemos liberarnos a nosotros mismos de nuestros supuestos. Esa es la contraparte intelectual de la reflexión acerca de una sociedad libre y de instituciones libres.

Necesitamos, por consiguiente, tomarnos en serio la idea de la capacidad humana. Las instituciones independientes y los seres humanos tenemos capacidades como las de gobernar, reunir a las personas, jugar, aprender, actuar y pensar. Estas requieren libertad y algo de riesgo para poder desarrollarse. Se pueden ejercer bien o mal, de manera sabia o estúpidamente, y de manera virtuosa o corrupta. Estas capacidades necesitan –y al mismo tiempo potencian– una cultura de apertura, emprendimiento y diversidad. De hecho, cierta noción de capacidad es necesaria para entender la idea de responsabilidad en la que David Cameron ha puesto tanto énfasis público.

Básicamente, los libros sobre asuntos políticos se dividen en dos grupos. El primer grupo registra el ir y venir de la vida política, las olas superficiales acerca de quién dijo qué a quién, quién sube o baja y si está de moda o cae en desgracia. Son novelescos, personales y centrados en el presente. Su interés –si lo tiene– está en la revelación y en el drama. El segundo grupo registra las corrientes más profundas. Miran menos a los personajes y más a las ideas que gobiernan los supuestos. Toman una perspectiva de largo plazo. Su interés –si es que lo tiene– está en la calidad de sus análisis, predicciones y explicaciones.

Este libro es parte del segundo grupo. En él se explica cómo una antigua teoría acerca del desarrollo de lo humano puede ser usada para alcanzar una concepción enriquecedora acerca del carácter del hombre y su bienestar. Además, muestra cómo ese concepto puede ser usado para guiar las políticas públicas hoy, en pleno siglo XXI. Su mensaje, en pocas palabras, es que las cosas no tienen por qué ser como son. Podríamos hacerlo mucho mejor.

Los capítulos del 1 al 3 examinan la situación inglesa actual a partir de las fuentes de nuestra debilidad política, económica y social.

En los capítulos del 4 al 7, se escarba en la base de los supuestos económicos y políticos que condicionan nuestra reflexión actual, mostrando sus errores y explicando cómo su corrección despeja el camino hacia un entendimiento más profundo de la Gran Sociedad y su radicalmente distinta perspectiva de la naturaleza humana.

Los capítulos 8 y 9 exploran las dos áreas claves en que la Gran Sociedad tiene grandes repercusiones: el estado de derecho y la renovación económica. El capítulo 10 explica cómo esta idea se vincula con el nuevo conservadurismo

empático de David Cameron y, finalmente, el capítulo 11 desarrolla la Gran Sociedad como un programa político y responde a sus críticos.

El libro termina con algunas ideas probablemente sorprendidas acerca de lo que hay que hacer.